

C-066-110(310) Número suelto: CINCO CENTIMOS DE PESETA

en toda España.

Cada TREINTA ejemplares, UNA PESETA.

Anuncios y comunicados, á precios convencionales.

La correspondencia, á D. EMILIO VILLALBA
Administrador de EL CRONISTA,
SALESAS, 2, DUPLICADO, BAJO.

OFICINAS: SALESAS, 2, DUPLICADO

EDICION DE LA TARDE

Dos políticas.

Anoche el Sr. Romero Robledo presidió una reunión electoral de nuestro partido.

Cuando se anunció que la iba á presidir se extrañaron sus enemigos; se extrañaron sin saber si tenían razón para extrañarse, pensando que les era licita la extrañeza, porque un hombre político de acción, de lucha y de propaganda constante y ejemplar mantiene sus relaciones con la opinión y con el país, en grandísima parte representado por los hombres de sus ideas, de sus convicciones y de sus entusiasmos.

Así se hace política. El poder no es para disputarlo, como no es la oposición para pedir el poder. Dormir arriba y amenazar abajo es cosa de fusionistas; será condición de Sagasta, interés de constitucionales, doctrina de *La Iberia* y aficiones de los González, pero ni es gobernar, ni es creer, ni dirigir opinión, ni encauzar sentimientos, ni hacer política para las Instituciones, ni procurar el bien para la nación que se rige.

El Sr. Romero Robledo, presidiendo anoche la reunión de los comités de Madrid, dió altísimo ejemplo de cómo deben cumplir sus deberes los hombres políticos, y como no es licito á nadie, por razones de patriotismo, dejar que una agrupación política se exaspere en la oposición porque se le arrebate la esperanza, y dejar que se consuma en el poder por confiada y satisfecha. Del mismo modo que el Sr. Romero Robledo mantuvo vivas las legítimas aspiraciones de la agrupación conservadora en los días del fusionismo, mantiene ahora y mantendrá contra todos sus enemigos la disciplina, la adhesión incondicional del partido al estadista eminente que preside el Gobierno, la fe viva y profunda en nuestras doctrinas y en nuestros hombres, y la acción sucesiva y constante de todos nuestros correligionarios en las grandes contiendas del sufragio electoral.

Nótase ahora esta afirmación de procedimiento y de doctrina enfrente de la actitud del fusionismo, no cuando era poder que, aun llamándose partido liberal, jamás pensó en reuniones liberales análogas, si no enfrente de lo dicho en aquel piso segundo de aquella casa pequeña donde, si no hay más partido liberal en España que el fusionismo, allí cabe todo el partido liberal español.

Esto no es atrabiliario, ni Sagasta es en esto Barnum; esto que dicen los fusionistas de ser ellos solos los liberales y encontrarse holgados en una habitación de vecindad, es simplemente deplorable.

Y tal grupo y tales parejas de políticos pretenden hacer el vacío alrededor del partido conservador-liberal. Lo creemos únicamente por el contraste. Creemos que ellos han de intentar hacer el vacío en torno del Gobierno conservador por distinguirse de nosotros que hicimos el relleno alrededor de la minoría constitucional, y más que alrededor en su propio seno.

¿Quiénes son ellos? Gente aventurera de la política, sin fe, sin ideal, sin tradición sería ni digna de mayores respetos. Demandaderos y solicitantes de la oposición, ingratos y ridiculos en el Gobierno, vacilantes siempre ante una afirmación, y resueltos en cambio para rendirse á la merced primera.

Se llaman con nombres circunstanciales, porque ni representan fuerzas permanentes del país, ni ideas que sean esperanzas, ni fórmulas que traigan situaciones. Proclaman primero su malestar en la oposición; después su afán por el Gobierno, y cuando tengamos el Gobierno, dice el Sr. Sagasta, entonces será ocasión de discutir hasta dónde hemos de extender ó limitar las libertades.

Este es el personaje en nombre del cual piden los desahuciados el exterminio del partido liberal-conservador, con la representación del cual pretenden hacer el vacío alrededor del Sr. Romero Robledo; como si el Sr. Sagasta tuviera otra influencia que la de una sombra, que la de una figura de apariencias, que la de un hombre que parece de estatura mayor porque se agita entre pequeños, mínimos é insignificantes.

Cuando crea el Sr. Sagasta tendrá prestigio, cuando tenga prestigio tendrá afiliados, cuando tenga afiliados tendrá autoridad.

Entretanto, el partido liberal-dinástico cabe en el cuarto interior de una casa céntrica, que más estrechos son cuanto más al centro están.

Y el partido conservador liberal es todo Madrid, todo el Madrid que se distingue, cuando se ve que la excepción es la mínima parte en la capital de la monarquía.

Por lo demás, actos como el de anoche se refieren como ejemplo para los hombres políticos de esta oposición decadente que se agita ahora contra el Gobierno.

Y censuras como las que se levantan se oyen con la compasión en el alma y la sonrisa en los labios.

El Marqués de la Vega de Armijo puede descansar no pensando en la suerte de sus electores.

Serán tratados como los huéspedes cuando son pocos.

A mesa y mantel, abono y carruaje.

La comunión pascual.

I.

Nada tan grande, tan sublime y consolador, como esas augustas ceremonias con que la Iglesia católica celebra y conmemora los divinos misterios de la religión de Jesucristo.

Pasan las tristezas de la Semana Santa, sagrada funeral que consagramos á la pasión y muerte del Redentor; pasan los días de amargura, de mortificación y de penitencia, y á los ecos tristesísimos de las lamentaciones y á los ahogados sollozos de los fieles suceden los cantos de triunfo y los himnos de gloria que en medio de una universal alegría brotan de todos los pechos y repiten todás las lenguas, celebrando la victoria del Nazareno, resucitado al tercer día para subir entre nubes de nácar y arrebol al trono esplandeciente de su Eterno padre.

La obra milagrosa de la Redención se consuma través de prodigios sin cuento y de portentosas maravillas, y el Evangelio, esparcido como benéfico rocío por todas las regiones de la tierra, comienza á ser, con la luz inextinguible de sus verdades eternas, el Código santo y la doctrina salvadora de los nuevos creyentes.

II.

¡Bendita sea la primavera, que trae la resurrección y la vida á la mustia naturaleza, después de las nieves y rufos aquilones del aterido invierno! Mil veces bendita esa hermosa estación de alegría universal, que retorna á los valles sus tapices de regalado perfume y esmaltados verdes, y á las montañas el manto esplendoroso de todas las vegetaciones, y á los arbuscos su follaje, y á los jardines los cálices de las blancas azucenas, sacando de sus crisálidas á las pintadas mariposas, llamando con su temperatura suavísima á las ligeras golondrinas, y volviendo á sus trinos y á sus revoloteos á las inocentes avecillas que, alegres y regocijadas en los aires, vuelven á concertarse en amorosas parejas para entretener un nuevo y poético nido entre el espeso ramaje de los copudos árboles.

Parece que el sol claro y reverberante de esas mañanas, que matiza con sus rayos purísimos los tallos de todas las plantas, y los brotes de todas las semillas, y el nacimiento misterioso de las producciones de todas las naturalezas, infunde también en nuestros organismos la savia fecunda y poderosa de una nueva existencia.

¡Parece que los elementos todos de la creación celebran en concierto unánime los triunfos gloriosos del Hijo del Eterno, ostentando prodigios sus más espléndidas galas y la magia seductora de su incomparable poesía!

III.

En una de esas mañanas gentiles, de temperatura perfumada y tibia, la Iglesia realiza una de las más augustas ceremonias de la religión católica: la de llevar la comunión pascual al lecho del dolor y á la estrechez lóbrega de los calabozos.

«*Accipite et comedite hoc est enim corpus meum.*» Con estas palabras santas, de eterno recuerdo, instituyó el Salvador el sacramento de la Eucaristia en su último místico banquete, y en él lavó también los pies á los apóstoles, ofreciendo á los poderosos de la tierra ejemplo vivo y palpante de la más grande de las humildades.

En los días de pascua florida, bajo la augusta forma de la hostia consagrada, el Rey y señor de todos los imperios, visita cariñoso en su ignorada vivienda á los desventurados que padecen en lecho miserable agudas dolencias corporales, y á los infelices que, culpados ó inocentes, gimen en los encierros sombríos de la ergástula, sufriendo con grillos en los pies los rigores inflexibles de la justicia humana.

Fresco y vivificante rocío en las abrasadas etapas de la atribulada existencia, áncora de salvación en todas las borrascas y en todas los naufragios, y bálsamo de celestial consuelo en todas las amarguras, lleva por la virtud misteriosa de su mágica esencia la cristiana resignación á todas las rebeliones del agitado espíritu, la calma religiosa á todas las convulsiones del alma, encarnando en todos los corazones con la llama inextinguible de la fe las consoladoras esperanzas del cielo...

Vistiendo espléndida capa pluvial, recamada de oro, rodeado de cirios, precedido del augusto símbolo de la cruz entre nubes de incienso, pisando flores y aromáticas plantas y bajo la bóveda de flotantes pliegues que forman los ricos tejidos de las telas del palió, lleva el sacerdote en sus manos el áureo copón cubierto de tisú en que guarda la Iglesia el manjar de la vida. Todo es grande, maravilloso, poético y conmovedor en esa procesión del Sacramento, que anuncian con estruendos armoniosos las bandas militares y las campanas con sus vibrantes acentos: ¡hasta los soldados de la escolta tapan con ramas de flores las bocas de sus armas mortíferas!

¡Hermoso y consolador espectáculo! ¡Las pompas todas de la tierra y las grandezas incomparables del culto agotan bajo una misma forma la exposición solemne de sus galas más espléndidas para honrar y enaltecer la presencia del Rey de los reyes!

La Iglesia ostenta en esa festividad augusta el maravilloso conjunto, la magia seductora de los conciertos celestiales... Se ilumina el tabernáculo con millares de luces, cubriendo el ara santa con cendales blanquisimos, sembrando su pavimento de rosas y aleluis, y colgando de sus paredes hermosos damascos guarnecidos de oro, en tanto que las místicas trompetas del órgano llenan el espacio, penetrando tibios, bajo las macizas bóvedas del templo, á través de las ojivas de colores, los rayos purísimos del sol primaveral...

Allí el alma, como nadando en el éter y buscando como antidoto de sus amarguras la realización infalible de sus ideales eternos, procura afanosa elevarse al Trono del Altísimo, fuente universal de las felicidades perdurables.

IV.

La fe nos salva. La incredulidad y el escepticismo secan con su aliento abrasador las fuentes vivificadoras de la esperanza, convirtiendo el espíritu que nos alienta en corrientes eléctricas de influencia venenosa que trituran las entrañas, sumiendo la existencia en perpetuo infierno de dudas y temores.

¡Desdichados aquellos que, sordos ó indiferentes á los gritos de la conciencia, perseveran con ceguera incorregible en la senda de la impiedad, negando en su extrema locura las verdades eternas del Evangelio!